

¡VIVA ESPAÑA! SALUDO A FRANCO ¡ARRIBA ESPAÑA!

TEMPORADA DE INVIERNO 1939-40 - AÑO DE LA VICTORIA - PROGRAMA OFICIAL GRATUITO

GRAN TEATRO DEL LICEO

Teléfono 18456

DIRECCIÓN ARTÍSTICA Y EMPRESA: JUAN MESTRES CALVET

Martes, 19 de diciembre de 1939. AÑO DE LA VICTORIA

A las 9'30 noche. Quinta de propiedad y abono. Segunda a martes

Despedida de la célebre Compañía Alemana del Teatro de la

Opera Nacional de Frankfurt

Dedicada a la Colonia Alemana

Ultima representación de la comedia musical en tres actos del inmortal Maestro

Von W. A. MOZART

UN RAPTO EN EL SERRALLO

Jueves, primera de los célebres artistas

Mercedes CAPSIR TANZI, Tomás ALCAIDE y Riccardo STRACCIARI

Unica representación en función de noche de la Opera

LA TRAVIATA

Sábado, 23 **AIDA**

por los célebres artistas

Serafina DI LEO, Aurora BUADES D'ALESSIO, Francesco MERLI,

Pablo VIDAL y Vincenzo BETTONI

Día 30. — Estreno en España de la Opera romántica **CHOPIN**

y presentación de los famosos artistas de la danza

LOS SAKHAROFF

UN RAPTO EN EL SERRALLO

REPARTO

Constanza

Clara EBERS

Blonda

Eise VEITH

Belmonte

Jacob SABEL

Osmin

Matz MRAKITSCH

Pedrillo

Theo HERRMANN

Selim

Karl EBERT

Coro general

Dirección escénica: Hans MEISSNER

UN RAPTO EN EL SERRALLO

ANTECEDENTES

La acción transcurre en Turquía, en la corte del bajá Selím, a mediados del siglo XVI. En una travesía por mar, los piratas han apresado la nave en que navegaba el hidalgo español Belmonte con su prometida Constanza, la camarera de ésta, Blonda, y el escudero Pedrillo. Los tres últimos cayeron en poder de los piratas, quienes los vendieron al bajá Selím, y éste los retiene en su palacio, hallándose perdidamente enamorado de la bella Constanza, cuyos favores pretende. La doncella Blonda ha sido regalada por el bajá a su intendente Osmín, y el escudero Pedrillo se ha captado la simpatía de Selím por su habilidad en el oficio de jardinero, habiéndosele confiado el cuidado de los jardines de Palacio.

ACTO PRIMERO

La escena representa una plaza ante el Palacio del bajá, a orillas del mar. Al comienzo de la acción aparece Belmonte, recién llegado a aquel lugar, dispuesto a conseguir por todos los medios la libertad de sus compañeros. Sale del Palacio el intendente Osmín y se encarama a una higuera para coger higos. Belmonte preséntase a él y le pregunta por Pedrillo, solicitando una entrevista con éste. Osmín detesta a Pedrillo, por ser el novio de Blonda, la camarera conque el bajá le ha obsequiado, y después de echar mil pestes contra el escudero, se niega a satisfacer los deseos de Belmonte, despidiéndole con cajas destempladas.

Llega Pedrillo y, como de costumbre, tiene una pendencia con Osmín, en la que éste le amenaza de muerte y después regresa al Palacio con la cesta llena de higos. Síguese la escena del encuentro del hidalgo con su antiguo escudero; éste refiere a su señor prolijos detalles de cuanto ha ocurrido, y le comunica noticias de su adorada Constanza. Al enterarse aquél de que el bajá está enamorado de ella y la distingue con sus halagos y solicitudes, lo propio que hace Osmín con Blonda, propone a Pedrillo que le ayude para llevar a cabo cuanto antes el rapto de ambas doncellas, a lo que aquél accede con entusiasmo.

Regresa el bajá de un paseo por mar en compañía de Constanza, rodeado de sus dignatarios y guardas genízaros. Selím insiste de la bella española para que corresponda a su amor; ella le contesta que tiene su corazón comprometido, puesto que ha jurado amor eterno a su Belmonte. Exasperado Selím, al par que bondadoso, le concede por última y definitiva vez el plazo de un día para acceder a sus peticiones.

Alejada Constanza comparece Belmonte y Pedrillo; éste hace la presentación de aquél al bajá y, según el plan concebido, le hace pasar por un

diestro arquitecto italiano que viene a ofrecer sus servicios a Selím. El noble es admitido por éste en su porte y ordena a Pedrillo que disponga su alojamiento, mas al ir a entrar en Palacio, el celoso Osmín pretende cerrarles el paso, siendo al fin arrollado por aquéllos.

ACTO SEGUNDO

Jardín del palacio del bajá. Blonda rechaza una vez más las pretensiones de Osmín y le da lecciones de cómo en su patria tratan a las doncellas, pero el viejo turco no quiere darse por entendido, ateniéndose a las costumbres de su país, y vase atemorizado por las amenazas de su adorada, que pretende arrancarle los ojos.

Viene Constanza a confiar a su camarera la gran pena que le embarga ante las inminentes e irresistibles pretensiones del bajá. Comparece éste e insiste en sus requerimientos, a los que contesta Constanza que antes prefiere la muerte, estando dispuesta a aceptarla impasible. Replicale Selím, para asustarla, que en lugar de la muerte le destina algo peor todavía, como son los más atroces martirios. Constanza, después de lamentarse nuevamente de su suerte (en una magnífica aria), se aleja de la presencia de aquél. Convencido el bajá de que nada logrará por la fuerza, dispónese a poner en juego la astucia.

Pedrillo celebra una nueva entrevista con Blonda y la pone al corriente de la gran novedad que ocurre: la llegada de su señor. Comunícale además el plan tramado con Belmonte para el rapto de ambas doncellas y le da la consigna de que estén dispuestas a medianoche en sus respectivas cámaras, a cuyas ventanas subirán ellos para libertarlas, por escaleras de mano traídas al efecto. Llena de júbilo corre Blonda a comunicarle tan buena nueva a su señora, al paso que Pedrillo se dispone a poner en acción su proyecto para deshacerse de Osmín, a fin de que no estorbe el plan.

Conociendo la flaqueza del viejo turco, que se pirra por la bebida, a pesar de las prohibiciones musulmanas, prepara Pedrillo un par de botellas de excelente vino de Chipré. Sucédese una escena del más divertido carácter, en la que el ladino Osmín acaba por abandonar sus escrúpulos ante la tentación que con tanta insistencia le ofrece Pedrillo y se entrega a repetidas libaciones, hasta caer rendido por los efectos del delicioso néctar.

Libres ya del principal obstáculo que se les oponía, reúnen en el jardín las dos parejas españolas de enamorados y dejan convenido el rapto para la noche, en un magnífico cuarteto conque termina el acto segundo.

ACTO TERCERO

Plazoleta entre el palacio del bajá y la casa de Osmín. Es de noche. Pedrillo, acompañado por el marinero de la embarcación dispuesta para la

fuga, llega para ultimar los detalles de ésta, trayendo dos escaleras, que colocan bajo las ventanas de Constanza y Blonda. Aproximándose la hora, comparece Belmonte y Pedrillo le aconseja que se coloque en la esquina para vigilar a la ronda nocturna, formada por la guardia de genízaros, mientras él puede así maniobrar con más libertad.

Acompañándose con su mandolina, entona Pedrillo la canción que constituye la señal convenida con las doncellas. Al poco asoma Constanza a la ventana y sube a ella su adorado Belmonte, penetrando en la estancia; pocos momentos después sale la pareja amorosa por la puerta del palacio y protegida por Pedrillo emprende la fuga, mientras se dispone a raptar a su amada para seguirles.

En esto llega Osmín, algo perturbado aún por los efectos del alcohol y seguido por un mudo que le sirve de espía. Este le muestra la escalera apoyada en la fachada de su casa, por la que acaba de subir Pedrillo; el viejo se encarama también, pero con poca maña, en tanto que la joven pareja descubre desde la ventana a su perseguidor, escabulléndose aquélla por la puerta de la casa. Pero los guardianes, advertidos a tiempo por el mudo, comparecen en el preciso momento para apoderarse de los fugitivos. Otro pelotón de guardia, que ha salido en persecución de la primera pareja, llega también trayendo cogidos a Belmonte y Constanza. Los cuatro prisioneros son conducidos a la presencia del bajá.

ACTO CUARTO

En el atrio del Palacio se halla el bajá rodeado por los dignatarios y guardias de la corte, escuchando de labios de Osmín el relato del fracasado rapto. Conducidos los culpables a su presencia, Constanza implora el perdón para su adorado, mientras muéstrase, en cambio, dispuesta a dar su vida por él. El bajá resístese a todas las súplicas, máxime al enterarse de que Belmonte es el hijo de un antiguo rival suyo, y da orden de verificar los preparativos para el suplicio.

Las dos mujeres, lo propio que Belmonte, muéstranse impávidas, dispuestas a arrostrar la muerte con la mayor entereza. Sólo Pedrillo, admirando a sus compañeros, confiesa que su presencia de ánimo es muy distinta y se entrega a la mayor desesperación ante la perspectiva de la muerte.

En el momento en que van a ser conducidos a la horca, el bajá se siente conmovido, y con un generoso rasgo de su corazón, perdona a los culpables, en medio del consiguiente regocijo, con la sola protesta del viejo Osmín, que huye presa de la mayor indignación. La magnanimidad del musulmán sobreponiéndose al natural instinto de venganza, arroja en cara a los cristianos que hállase mayor placer en pagar con una buena acción la ofensa recibida, antes que hacer espíar un crimen cometiendo otro mayor. Y mientras las dos parejas amantes, llenas de alegría se dirigen al embarcadero, el coro aclama a su magnánimo soberano.